

SARAH Autora best seller del USA TODAY MORGAN

Noches de Manhattan



"Una novela sobre el amor, la amistad
y las ganas de vivir"

A la competente organizadora de eventos Paige Walker le encantaban los retos. Tras pasar su infancia entrando y saliendo del hospital, ahora estaba decidida a triunfar. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que Nueva York? Pero cuando perdió el empleo que amaba, tuvo que enfrentarse al mayor reto de todos: trabajar por su cuenta.

Sin embargo, lanzar su propia empresa de organización de eventos no era nada comparado con disimular lo que sentía por Jake Romano, el mejor amigo de su hermano, además del amante más solicitado de Nueva York y el único hombre que le había roto el corazón.

En el momento en que Jake se ofreció a ayudarla con su nuevo negocio, la química que aún crepitaba entre los dos comenzó a quitarle el sueño. ¿Podría convencer a un hombre que no confiaba en nadie de que le diera una oportunidad a su amor?

Este libro está dedicado a Nicola Cornick, una autora maravillosa y todo lo que debe ser una amiga.

Querido lector,

Siempre me cuesta decidir si soy una chica de campo o una chica de ciudad. Si habéis leído alguno de mis libros, sabréis que me encanta la montaña (sobre todo las montañas nevadas) y la playa. Me encanta respirar aire fresco y estar cerca de la naturaleza y, si me seguís en Instagram, habréis visto muchas de mis fotos de playa y montaña. Pero lo cierto es que también me encantan las ciudades. Adoro la energía, los sonidos y el ritmo de vida que hay en ellas.

Cuando mi editora (se llama Flo y es brillante en todos los sentidos) me sugirió que mi nueva serie se desarrollara en la ciudad, no me quedé muy convencida. «No sé si puedo escribir sobre una ciudad», le dije. Y ella me respondió: «Pero no vas a escribir sobre una ciudad. Vas a escribir sobre amor, amistad y sentimiento de comunidad, que es sobre lo que siempre escribes. Y, además, te encanta Nueva York».

Tiene razón. Me encanta. He tenido la suerte de visitar Nueva York en varias ocasiones y cada vez me ha resultado más emocionante que la anterior. Ya que Nueva York aparece en muchas de mis películas favoritas (Cuando Harry encontró a Sally y Hitch, por nombrar unas pocas), siempre tengo la sensación de estar caminando por un plató de cine. Tengo que controlarme para no ir señalándolo todo con la boca abierta de asombro. (Y por si os lo preguntáis, lo que más me gusta es el Edificio Chrysler. Es mágico y, sí, aparece en este libro).

Las ideas para los personajes surgieron con facilidad y Nueva York resultó ser un escenario tan bueno que acabó convirtiéndose en un personaje más. Le dio una chispa urbana a cada historia y cuando mi editorial me propuso los títulos, me hicieron mucha ilusión. Noches de Manhattan es la historia de Paige y arranca en un momento de su vida en el que todo está a punto de derrumbarse.

Espero que os enamoréis de estos personajes y que disfrutéis siguiendo sus aventuras mientras se enfrentan al amor y a la vida en la Gran Manzana. Si queréis ayuda para visualizar el escenario, ¡echad un vistazo a mis tablonos de Pinterest! Están llenos de fotos que usé como inspiración mientras escribía esta serie.

¡Bienvenidos a Noches de Manhattan!

*Con cariño, Sarah
Besos*

*Hay algo en el aire de Nueva York que hace que dormir sea
inútil.*

SIMONE DE BEAUVOIR

Capítulo 1

«Cuando estés subiendo una escalera, siempre supón que alguien te está mirando la falda».

—Paige

—«Ascenso». Creo que puede ser mi palabra favorita. No tenéis ni idea de cuánto tiempo he estado esperando esto —arrastrada por la marea de personas que se dirigían a sus trabajos, Paige Walker seguía a sus amigas, Eva y Frankie, por las escaleras del metro. Al salir, se topó con un cielo azul y un sol brillante. Alzándose ante ella, los rascacielos de Manhattan parecían tocar las mullidas nubes; un bosque de acero y cristal que centelleaba bajo el brillante sol de la mañana y en el que los edificios competían entre sí por ser el más alto. El Empire State Building. El Rockefeller Center. Más alto, más grande, mejor. «Miradme».

Paige miró y sonrió. Había llegado el gran día. Incluso el buen tiempo parecía estar celebrándolo.

No existía en el mundo una ciudad más apasionante que Nueva York. Le encantaban su vitalidad, su ritmo y lo que prometía.

Había conseguido un empleo en Eventos Estrella nada más salir de la universidad y apenas había podido creerse lo afortunada que había sido, sobre todo cuando sus dos mejores amigas consiguieron trabajo también allí. Trabajar para una gran empresa con sede en Manhattan era su sueño. La energía de la ciudad se le colaba en la piel y en las venas, como una inyección de adrenalina. Ahí podía ser quien quisiera ser. Podía vivir su vida sin que le preguntaran

veinticinco veces al día cómo se encontraba. En ese intenso bullicio que era Nueva York, la gente estaba tan ocupada pensando en sí misma que no tenía tiempo para pensar en los demás. Las relaciones eran superficiales y nunca iban más allá. Se entremezclaba con la multitud y estaba encantada con ello.

Paige no quería destacar. No quería ser distinta o especial. No quería ser un modelo de valentía para nadie.

Quería ser anónima. Normal, fuera lo que fuera eso. Y ahí en Nueva York por fin lo había logrado.

El caos urbano ofrecía su propia clase de privacidad. Todo se movía más deprisa.

Todo, excepto su amiga Eva, que no era una persona muy madrugadora.

—Pues «ascenso» no es mi palabra favorita. Puede que «amor» sea mi palabra favorita —dijo Eva entre bostezos—. O tal vez «sexo», que es lo mejor que hay después del amor. Creo. La verdad es que no lo puedo recordar porque hace mucho que no lo practico. Me preocupa que se me hayan olvidado los movimientos. Si vuelvo a estar desnuda con un hombre, creo que voy a tener que comprarme un libro de instrucciones. ¿Por qué en Manhattan a nadie le interesan las relaciones? Yo no quiero una aventura esporádica, quiero un compañero para toda la vida. Los patos pueden hacerlo, ¿por qué nosotras no? —se detuvo para ajustarse la zapatilla y unas suaves ondas de cabello rubio le cayeron sobre los pechos, tan generosamente curvados como una magdalena bien rellena. El hombre que avanzaba en su dirección se detuvo en seco, con la boca abierta, y otros cuatro hombres chocaron contra él.

Intentando evitar una gran colisión en cadena, Paige agarró a Eva del brazo y la llevó hacia ella.

—Eres un peligro andante.

—¿Es culpa mía que se me desaten los cordones?

—Tus cordones no son el problema. El problema es que acabas de anunciar ante todo Manhattan que hace años

que no practicas sexo.

—El problema —dijo Frankie acercándose a ellas— es que ahora hay un puñado de banqueros haciendo cola para gestionar tus activos. Y no me refiero precisamente a tus finanzas. Arriba, Bella Durmiente. Yo te ato la zapatilla.

—No tengo finanzas que gestionar, pero al menos eso significa que no me despierto por las noches preocupada por los intereses y las tasas de rendimiento. Eso es un incentivo, aunque no precisamente el incentivo al que esos banqueros están acostumbrados —dijo Eva incorporándose y frotándose los ojos. Tenía problemas para centrarse antes de las diez de la mañana—. No tienes que atarme la zapatilla. No tengo seis años.

—No eras un peligro cuando tenías seis años. Es más seguro si lo hago yo. No tengo un escote que debería ir acompañado de una advertencia sanitaria ni un cerebro incapaz de filtrar lo que me sale por la boca. Y échate a un lado. Estamos en Nueva York. Es prácticamente un delito bloquear la corriente de trabajadores —hubo cierto tono de enfado en la voz de Frankie, el suficiente para hacer que Eva frunciera el ceño al echar el pie adelante.

—No te pueden demandar por estar en mitad de la calle. ¿Qué te pasa esta mañana?

—Nada.

Paige miró a Eva. Las dos sabían que «nada» significaba «algo», y las dos sabían también que era mejor no forzar las respuestas. Frankie hablaba cuando estaba preparada para hacerlo y eso solía suceder después de haberse estado conteniendo un rato.

—Bloquear el paso de los viandantes podría ser considerado una provocación —dijo Paige—. Y sí que era un peligro de pequeña. ¿Has olvidado su octavo cumpleaños cuando Freddie Major amenazó con pegar a Paul Matthews si ella no accedía a casarse con él?

—Freddie Major —el recuerdo le arrancó una leve sonrisa a Frankie—. Le metí una rana por dentro de la camiseta.

Eva se estremeció.

—Eras una niña malísima.

—¿Qué puedo decir? No se me dan bien los hombres de ninguna edad —Frankie puso su lata de refresco en la mano de Eva—. Sujeta esto, y si lo tiras a la basura, será el fin de nuestra amistad.

—Nuestra amistad lleva sobreviviendo más de veinte años. Me gusta pensar que sobreviviría aunque tirara tu comida basura a la papelera.

—No sobreviviría —atlética y flexible, Frankie se agachó—. Todo el mundo se puede permitir algún que otro vicio. Comer de un modo poco saludable es el mío.

—¡Un refresco de cola sin azúcar no es un desayuno! Tus hábitos alimentarios son un riesgo para tu vida. ¿Por qué no me dejas que te prepare un delicioso batido de col y espinacas? —le suplicó Eva.

—Porque no me gusta vomitar el desayuno una vez me lo he comido y porque mis hábitos alimentarios no suponen un mayor riesgo para la vida que tus hábitos a la hora de vestir. Y, además, hoy no me apetecía desayunar —añadió Frankie atando los cordones de las Converse verdes de Eva mientras un río de viandantes fluía a su alrededor en un intento de llegar a su destino lo más rápido posible. Puso cara de dolor cuando alguien se chocó contra ella—. ¿Por qué nunca te haces nudos dobles, Ev?

—Porque cuando me visto aún estoy dormida.

Frankie se levantó, le quitó el refresco de la mano y, al hacerlo, su melena rojiza le cayó sobre los hombros.

—¡Ay! ¡Vaya, perdón! —dijo colocándose las gafas y girando la cabeza hacia el hombre trajeado que se alejaba—. ¿Sabes que es de buena educación anestesiar a alguien antes de extirparle los riñones con tu maletín? —frotándose la zona con la mano farfulló amenazas de todo tipo antes de añadir—: Hay días en los que me gustaría volver a vivir en un pueblo pequeño.

—Tienes que estar de broma. ¿Volverías a Puffin Island? —preguntó Paige cambiándose el bolso de hombro—. Yo no, ni siquiera cuando voy en el metro tan apretujada que parece que me está abrazando una boa constrictor. Y no es que la isla no sea bonita, porque lo es, pero... Es una isla. Sobra decir más —se había sentido aislada de la civilización por las aguas agitadas de la Bahía Penobscot y asfixiada por una tupida manta de inquietud paternal—. Me gusta vivir en un lugar donde la gente no conoce cada detalle de mi vida.

En ocasiones le había parecido estar viviendo bajo una paternidad colectiva. «Paige, ¿por qué no te pones un jersey?», «Paige, he visto al helicóptero llevándote la hospital otra vez, pobrecita». Se había sentido atrapada, como si alguien la hubiera estado sujetando fuertemente para impedir que escapara.

Todo el mundo había estado pendiente de que estuviera bien, a salvo, protegida, hasta que había llegado el momento en que quiso gritar esa pregunta que había ardido en su interior durante gran parte de su infancia: ¿De qué servía estar viva si no le permitían vivir?

Mudarse a Nueva York era lo mejor y más emocionante que le había pasado en toda su vida. Era un lugar absolutamente distinto a Puffin Island en todos los aspectos posibles.

Algunos habrían dicho que era un lugar peor.

Pero ella no.

Frankie estaba frunciendo el ceño.

—Todas sabemos que no podré volver a plantar un pie en Puffin Island. Me lincharían. Echo de menos algunas cosas, pero una cosa que no echo de menos es que todo el mundo me mirara con desagrado porque mi madre estaba teniendo una nueva aventura con el marido de otra —se apartó el pelo de los ojos y se terminó la bebida. Rabia, frustración y tristeza irradiaban de su rostro, y cuando aplastó la lata vacía con el puño, los nudillos se le pusieron

blancos—. Al menos en Manhattan hay unos cuantos hombres con los que mi madre no se ha acostado. Aunque, oficialmente, hoy hay uno menos que ayer.

—¿Otra vez? —por fin Paige entendió por qué su amiga estaba tan irascible—. ¿Te ha escrito un mensaje?

—Solo después de que no respondiera a sus catorce llamadas —respondió Frankie encogiéndose de hombros—. Me preguntabas por qué no tenía ganas de desayunar, Ev... Al parecer el hombre en cuestión tiene veintiocho años y se lo hizo con la misma fuerza con la que la puerta de un granero da portazos durante un vendaval. El nivel de detalles me ha dado ganas de vomitar —su tono frívolo no logró ocultar lo disgustada que estaba. Paige se agarró a su brazo.

—No durará.

—Claro que no durará. Las relaciones de mi madre nunca duran. Pero durante el tiempo que esté con él logrará despojarlo de una importante cantidad de sus bienes. No sintáis lástima por él. Tiene tanta culpa como ella. ¿Por qué los hombres no pueden aguantar con la bragueta subida? ¿Por qué nunca dicen «no»?

—Muchos hombres dicen «no» —Paige pensó en sus padres y en su largo y feliz matrimonio.

—No los hombres con los que se lía mi madre. Mi mayor temor es que algún día me encuentre con alguno de ellos en algún evento. ¿Os lo imagináis? A lo mejor debería cambiarme el nombre.

—Jamás te los encontrarás. Nueva York es una ciudad abarrotada.

Eva agarró a Frankie del otro brazo.

—Algún día se enamorará y todo esto terminará.

—¡Vamos, por favor! Ni siquiera tú podrías idealizar esta situación. Esto no tiene nada que ver con el amor —dijo Frankie—. La ocupación de mi madre son los hombres, de ahí salen sus ingresos. Es la directora ejecutiva de Corpora-

ción DALH, también conocida como «despluma a los hombres».

Eva suspiró.

—Tiene muchas preocupaciones.

—¿Preocupaciones? —preguntó Frankie deteniéndose en seco—. Ev, mi madre dejó atrás las preocupaciones hace ya mucho tiempo. ¿Podemos hablar de otra cosa? No debería haberlo mencionado. Es el modo más seguro de estropearme el día, y no es que sea la primera vez que pasa. Vivir en Nueva York tiene muchas ventajas, pero poder evitar a mi madre la mayor parte del tiempo es la mayor de todas.

Paige pensó por millonésima vez en lo afortunada que era por tener los padres que tenía. Sí, cierto, se preocupaban en exceso, y eso la volvía loca, pero comparados con la madre de Frankie eran unas personas maravillosamente normales.

—Vivir en Nueva York es lo mejor que nos ha pasado. ¿Cómo hemos podido sobrevivir tanto tiempo sin Bloomingdale's y sin la pastelería Magnolia?

—O sin dar de comer a los patos en Central Park —añadió Eva con melancolía—. Es lo que más me gusta. Solía hacerlo los fines de semana con mi abuela.

La mirada de Frankie se enterneció.

—La echas muchísimo de menos, ¿verdad?

—Estoy bien —respondió Eva con una débil sonrisa—. Tengo días buenos y días malos. Pero no estoy tan mal como hace un año. Tenía noventa y tres años, así que no me puedo quejar, ¿verdad? Pero es que se me hace raro no tenerla cerca. Era la única constante en mi vida y ahora ya no está. Y no tengo a nadie. No tengo ningún vínculo con nadie.

—Con nosotras sí —dijo Paige—. Somos tu familia. Deberíamos salir este fin de semana. ¿De compras? Podríamos asaltar los mostradores de maquillaje de Saks y después ir a bailar.

—¿Bailar? Me encanta bailar —dijo Eva sacudiendo las caderas provocativamente y a punto de provocar otro choque en cadena.

Frankie la hizo avanzar.

—No hay suficientes plantillas de gel en el mundo para poder soportar compras y baile en un mismo día. Además, el sábado toca noche de pelis. Voto por celebrar un festival de cine de terror.

Eva retrocedió espantada.

—¡Ni hablar! Me pasaría la noche despierta.

—Yo tampoco le doy mi voto —dijo Paige haciendo una mueca de disgusto—. A lo mejor Matt nos dejaría tener una noche de pelis de chicas para celebrar mi ascenso.

—Lo dudo mucho —respondió Frankie colocándose las gafas—. Tu hermano preferiría saltar de un tejado antes que acceder a una noche de pelis de chicas. Gracias a Dios.

Eva se encogió de hombros.

—¿Y si salimos esta noche en lugar del sábado? Jamás conoceré a nadie si no salgo un poco.

—La gente no viene a Nueva York para conocer a alguien. Viene por la cultura, por la experiencia, por el dinero... La lista es larga, pero conocer a un hombre con el que casarte no entra en ella.

—¿Entonces tú por qué has venido aquí?

—Porque necesitaba vivir en un lugar grande y anónimo y porque mis mejores amigas estaban aquí. Y porque me encantan algunos sitios. Me encantan el High Line, los Jardines Botánicos y nuestro pequeño rincón secreto de Brooklyn. Me encanta nuestra casita de ladrillo rojo y estaré eternamente agradecida a tu hermano por dejarnos alquirlársela.

—¿Has oído eso? —preguntó Eva dando a Paige con el codo—. Frankie ha dicho algo positivo sobre un hombre.

—Matt es uno de los pocos hombres decentes que hay en todo el planeta. Es un amigo, nada más. Me gusta estar soltera. ¿Pasa algo por eso? —preguntó con tono tranquilo

—. Soy una mujer autosuficiente y me siento orgullosa de ello. Gano mi propio dinero y no tengo que responder ante nadie. Estar soltera es una elección, no una enfermedad.

—Y mi elección sería no estar soltera. Tampoco pasa nada por eso, así que no me sueltes un sermón. No puedo evitar deprimirme porque el preservativo que llevo en el monedero se me haya caducado —Eva se colocó un rebelde mechón rubio ondulado detrás de la oreja y con gran habilidad cambió de conversación esquivando el asunto de sus relaciones—. Me encanta el verano. Vestidos de tirantes, chanclas, Shakespeare en el Parque, navegar por el río Hudson, quedarnos hasta tarde por las noches en nuestra azotea. Aún no me puedo creer que tu hermano la construyera. Es tan inteligente.

Paige no podía negarlo.

Su hermano, ocho años mayor que ella, había salido de la isla mucho antes. Había decidido abrir su empresa de arquitectura paisajista allí mismo, en Nueva York, y ahora era un negocio próspero.

—La azotea es una maravilla —dijo Frankie acelerando el paso—. ¿Qué pasó con ese gran negocio en Midtown? ¿Se lo han dado?

—Aún no le han dado respuesta, pero la empresa le va muy bien.

Y ahora le llegaba el turno a ella.

El ascenso era el siguiente paso a dar en su plan de vida. Y, con suerte, sería un paso más para curar la tendencia de su familia a sobreprotegerla.

Tras nacer con una enfermedad coronaria, la infancia de Paige se había basado en visitas al hospital, médicos y unos padres cariñosos que se habían esforzado por ocultar sus preocupaciones e inquietudes. Según crecía, se había sentido despojada de sus derechos y el día que había salido del hospital, después de la que todo el mundo esperaba que fuera su última operación, se había jurado que eso iba a cambiar. Afortunadamente, exceptuando los ocasionales